

## CANALIZACION INTERIOR.



CANAL DE CASTILLA.

(Vista de la terminacion del ramal del Sur contiguo á Valladolid).

**S**or presentamos á nuestros lectores un ligero bosquejo de las obras construidas por la empresa del canal de Castilla en la terminacion del ramal del Sur á la proximidad de Valladolid. Esta antigua capital, que por varias causas se hallaba reducida á un estado completo de decaimiento, ha visto nacer en un corto periodo un elemento para su futura prosperidad y engrandecimiento. La llegada del canal del Sur á Valladolid ha variado ya esencialmente el aspecto de su provincia. Rica en granos, vinos y otros productos agrícolas, que anteriormente contribuían poco á su prosperidad por falta de estraccion, en el día se exportan por el canal, despertando el espíritu de especulacion y de empresa que indudablemente irá cada día en aumento. Las obras importantes que se han hecho para llegar á este resultado, llaman la atencion de los hombres observadores que se interesan en el bien de su patria. Nosotros hemos creído que podría ser grato á nuestros lectores el darles alguna idea de tan importante em-

Segunda série.—Tomo II.

presa, y á este efecto les dedicamos la lámina que precede, acompañada de algunas noticias acerca del mismo canal.

La idea del canal de Castilla se remonta á mediados del siglo XVI. Entonces, cuando el maestro Esquivel medía por triángulos la superficie de la península, otros matemáticos é ingenieros reconocían y nivelaban el valle del Pisuega y los campos de Valladolid; pero ni de aquellos triángulos ha quedado mas que una desconsoladora noticia, ni de estos reconocimientos y nivelaciones quedó tampoco sino su memoria consignada en algunos expedientes de la administracion. Las guerras de Felipe II, los desastres de Felipe III; la ligereza de Felipe IV y la nulidad de Carlos II, no permitieron madurar este proyecto concebido por su ilustre abuelo Carlos V.

En el reinado de Fernando VI se volvió á pensar en una obra de tanta importancia. En el año de 1751 se dió orden al capitán de navío D. Antonio de Ulloa, y al ingeniero D. Carlos Lemaur para que reconociesen de

29 de noviembre de 1840.





nuevo y se asegurasen de la posibilidad del canal proyectado. En los años de 52 y 53 se acreditó por medios geométricos aquella posibilidad desde la villa de Golmir cerca de Reynosa hasta la del Espinar. En el mismo año de 53 se proyectó otro ramal nuevo, que tomando las aguas del Carrion, penetrase hasta Medina de Rioseco por tierra de Campos. Así quedaron trazados aunque en grande los límites y el plan; y aquel mismo año de 1753 principió por este ramal último la ejecución de las obras, que continuaron hasta 1757, en la estension de 5 leguas.

Dos años despues en 1759 se comenzaron las obras del ramal del Norte, tomando su principio desde Alar del Rey; pero se trabajó con tal lentitud que á los 26 años solo se había conseguido la escavacion de 7 leguas. Despues se activaron estas operaciones, y en 1791 al cabo de 32 años de ellas quedó espedita la navegacion hasta Calahorra, en un espacio de 14 leguas. El costo de este ramal y el de las obras de escavacion ejecutadas hasta entonces en el ramal de Campos, ascendieron á 55 millones de rs. vn.

Procedióse en seguida á dar principio al ramal del Sur, partiendo desde Serron donde se une al de Campos, y su término á muy corta distancia al Sur de Palencia. Tres leguas solas fueron la estension de este ramal: ocho años el tiempo empleado en hacerle; y cerca de 9 millones fué el costo que tuvo al erario.

Este era el estado en que se encontraba el canal de Castilla á fines del siglo último. 22 leguas se habían construido en los ramales de Campos, del Norte y del Sur,

en el periodo de 47 años, é invertídose 64 millones de reales. Así continuó por muchos años: caprichos y rivalidades, primero entre las personas de la alta administración, los apuros de la tesoreria despues, la guerra de la independencia y los trastornos políticos posteriormente no podian menos de paralizarle. El Gobierno aun con la mejor voluntad no estaba en disposicion de hacer nada para su progreso. Abandonado á sus propios productos apenas bastaban estos para pagar á sus empleados. Sus directores mudaban de nombre: veian ensanchar ó estrechar sus facultades: trastornaban á veces la organizacion de sus oficinas; pero el canal permanecia siempre bajo el mismo pie, con sus 22 leguas, las de 1799, sin prolongarse por aquellas provincias que le aguardaban como al conductor de su prosperidad futura.

Llegóse así hasta el año de 1828 en que pasando el rey D. Fernando VII por las provincias de Castilla de regreso de su viaje á Cataluña y las provincias vascongadas, tocó por sí mismo la conveniencia de dar impulso á las obras del canal, que hasta entonces por su corta estension apenas producía ventaja alguna al país, y sus productos cubrian con dificultad los gastos de entretenimiento y administracion.

Aleccionado el monarca por las vicisitudes que habían ocurrido en la construccion de las obras existentes del canal, y atendiendo al inmenso costo que habían tenido bajo la administracion del gobierno, resolvió encomendar su conclusion á una empresa particular. A éste efecto invitó al celebre banquero D. Alejandro Aguado,



que accidentalmente se hallaba en la corte, á que se hiciese cargo de esta empresa: este asociándose con otros capitalistas españoles, convinieron al fin las condiciones del contrato que se formalizó por medio de una real cédula de S. M. que lleva la fecha de 31 de marzo de 1831.

Esta empresa empezó sus trabajos con mucha actividad, prolongando el canal hasta Valladolid, y continuando las obras del ramal de Campos hasta la villa de Fuentes de D. Bermudo, venciendo obstáculos y dificultades que son consiguientes á esta clase de empresas en todos los países, y muy particularmente en España, en que la emulación y la ignorancia suelen estar en oposición con todo lo que es útil y grandioso.

Próximo á llegar el canal en un breve término hasta la ciudad de Riosoco, en cuya direccion estaban muy adelantados los trabajos, sobrevino la muerte del rey Fernando VII á fines del año de 1833; con este acontecimiento se pusieron en combustion las provincias de Castilla, y por disposición del capitán general se retiraron del campo todos los trabajadores por temor de que engrosasen las filas de los rebeldes, quedando desde entonces paralizados los trabajos por las espuestas causas, y la imposibilidad en que se ha encontrado el gobierno de cumplir las condiciones mas esenciales de su contrato con la empresa.

Los resultados que se han tocado con la llegada del canal á Valladolid demuestran cuanto ganaria el país con la completa conclusion del proyecto. Aquel punto es hoy un centro de animacion y movimiento donde afluyen los labradores con sus granos, los comerciantes, las carreterías y especuladores diversos que se dedican á operaciones mercantiles desconocidas hasta aquí. También se importan por el canal y se depositan en sus almacenes abundantes frutos coloniales que procedentes del puerto de Santander se reparten para el consumo de diferentes provincias del interior y de la misma capital del reino. De aquí procede que la terminacion del canal en Valladolid, que representa el grabado se ha convertido en una factoría, que ya produce grandes ventajas las que irán sin duda en aumento con el tiempo y los beneficios de la paz. La empresa del canal ha construido en aquella localidad edificios de buen gusto aplicados á diferentes objetos, que contribuyen á embellecer aquel sitio, y á prestar comodidad á los traficantes. Entre otros establecimientos llama muy particularmente la atencion una hermosa fábrica de harinas de diez pares de piedras movidas por el agua, con maquinaria perfeccionada que ha traído de Francia y que elabora las harinas á tal punto de perfeccion, que las permite competir por su buena calidad y finura con las mas esquisitas de los Estados Unidos: otra fábrica igual aunque de ocho pares de piedras ha construido en la caída de agua de la esclusa 30, y se han ejecutado ademas bajo sus auspicios otras tres en las esclusas 38, 40, y en *Vina-Alta* á la proximidad de Palencia, á que se han asociado varios particulares acomodados del país, dedicados á este ramo de industria tan adelantado hoy en Castilla á beneficio de estos esfuerzos, que no tenemos que envidiar nada en esta parte á los extranjeros. Los almacenes que rodean la concha ó puerto del canal en Valladolid, son espaciosos y bien dispuestos, y su ornato exterior simétrico y de buen gusto. Estos edificios se aumentan diariamente, y tenemos entendido que se va á construir un arsenal de carena para las barcas, que aumentadas considerablemente por el tráfico, requieren esta dependencia para sus reparaciones.

Otra de las ventajas que ha adquirido Valladolid con el canal, es el establecimiento de varios barcos para pa-

sajeros que navegan entre esta ciudad y la de Palencia, y entre éste punto y Alar del Rey recorriendo el canal en toda su estension. Estos barcos contruidos con elegancia y solidez, y en que se hallan reunidas todas las comodidades que razonablemente se pueden desear, prestan una gran facilidad á los habitantes de los pueblos próximos al canal, que se trasladan de un punto á otro con rapidez, comodidad y economia.

Varias de las obras que ha construido la empresa merecian por su importancia una descripcion mas detenida, tales como el difícil paso de Dueñas, el de Sopena y el Berrocal, pero nos abstenemos de hacerlo por no permitirlo los estrechos límites de un artículo. Son muy conocidas de las personas que han visitado con alguna atencion las provincias de Valladolid y Palencia, á cuyo testimonio nos referimos, cabiéndonos la complacencia de haber observado que las obras se han ejecutado con inteligencia y solidez, como lo acredita el tiempo que ha transcurrido desde que se han puesto en uso, y el buen aspecto que conservan.

Doloroso es que una obra de esta importancia no se concluya en toda su estension, y sería muy de desear que se allanasen todos los obstáculos que á ello se opongan, orillando algunas diferencias que existen entre el gobierno y la actual empresa por medio de una transaccion prudente, y pueda verse por éste medio terminado tan gran proyecto, disfrutando de sus ventajas la nacion en general, y particularmente la provincias que debe atravesar.

Tenemos entendido que los propietarios de esta util empresa son en la actualidad los señores marques de Casa Irujo y el Sr. de Remisa. Al paso que debemos felicitar á estos Sres. por los resultados favorables que han obtenido ya sus esfuerzos; esperamos que no perdonarán medio ni sacrificio para completar su obra; en lo que harán un inmenso bien á su patria, acrecentarán al mismo tiempo su fortuna, y se harán dignos del eterno reconocimiento de sus conciudadanos.

\* \*

## LITERATURA RABÍNICA ESPAÑOLA.

### ARTICULO 1.º



Si tomar la pluma para formar un pequeño bosquejo de esa literatura, se presenta inmediatamente á nuestra imaginacion la multitud de prevenciones desfavorables y el desprecio, harto injusto á veces, con que son mirados en todos los pueblos católicos los discípulos de Moisés, los antiguos depositarios de la ley de Dios, de las profecías y de la religion revelada, y los que encenagados por fin en el error llevaron al suplicio al redentor del género humano. Tampoco ignoramos el estado de envilecimiento en que yacen generalmente diseminados, errantes, sin patria, sin nacionalidad, segun la predicción del profeta Oseas, expuestos al capricho de los legisladores, al riguroso celo de las creencias religiosas, sujetos, en fin, á un perpetuo estado de emigracion, de incertidumbre y de pena. Nada de esto ignoramos, y menos aun los vicios de que ado-



ecen, y que son consecuencia natural en quienes habiendo perdido su patria y sus leyes como los hebreos, se ven precisados á mendigar la hospitalidad de pueblos extraños, regidos por una religion y unas leyes que no son las suyas; y tienen que buscar por consiguiente en la astucia, en la hipocresía y en el engaño los medios de hacer menos insoportable el despotismo que ejercen constantemente sobre los desvalidos, todos los que cuentan tener el derecho imprescriptible de oprimir á los demas hombres.

Pero todas estas consideraciones que tal vez bastaron á nuestros escritores antiguos para hablar siempre con desden de los judíos, y no hacer mérito de ellos como literatos, deben desaparecer de nuestra vista cuando al fijar la atencion en las numerosas obras científicas y literarias producidas por los rabinos españoles, veamos en estos, no un pueblo, pues que no lo componian, pero sí una raza antiquísima, industriosa, culta, ávida de riquezas y de saber, que no obstante el anatema lanzado por el cielo sobre todas sus generaciones en los ramos diversos del saber humano ha hecho servicios importantes á los demas hombres.

La tradicion vulgar, autorizada por antiguos historiadores, nos habia hecho creer que los judíos españoles, á ejemplo de los de otros países, no fueron jamás otra cosa que meros comerciantes, asentistas y logreros; dedicados á manejar caudales del erario público, á servir empleos domésticos en los palacios de los reyes y de la alta nobleza, ó bien al agiotage en cualquier género de especulacion industrial. Pero era creencia vulgar, era falsa, y solamente nacida de la antipatía religiosa con que el pueblo los miraba. D. Nicolás Antonio en su biblioteca-hispana y D. José Rodríguez de Castro en la suya de autores rabinos españoles han demostrado la injusticia de esa tan absoluta asercion.

Los rabinos españoles, á semejanza de nuestros árabes, forman época señalada en la literatura desde el siglo XI; y esa literatura tal cual es nos pertenece, porque la mayor parte de sus autores habian nacido y aprendido en España, y porque otros varios que no recibieron el ser en nuestro suelo se valieron de la lengua castellana para espresar sus pensamientos. Por consiguiente no podemos menos de hacer honrosa conmemoracion de aquellos que con su ingenio y saber añadieron una hoja mas al lauro de nuestras antiguas glorias literarias.

Destruído en el siglo V por el emperador Tito Vespasiano el templo de Jerusalem, despues de la mas obstinada resistencia por la parte de los judíos; estos, prófugos y errantes, emigraron á diversos puntos de Europa y Asia, llevando consigo sus libros y tradiciones cuidadosamente conservados en todos tiempos y países: esto es, no perdieron la cultura é ilustracion que llegaron á conseguir, no obstante las persecuciones y desgracias que incesantemente sufría aquella raza proscripta.

Refugióse en España no corto número de ellos pertenecientes á las tribus de David y de Judá, sin que por el momento se diesen á conocer como inteligentes en ciencias y letras; ni podía menos de ser así, puesto que aun no se habia comunicado al oriente el sacudimiento literario producido mas tarde por el ingenio árabe. Así es que en ciencias y amena literatura solo pudieron comenzar á sobresalir los rabinos españoles cuando nuestros árabes las cultivaron con buen éxito. Hasta entonces únicamente fueron conocidos por sus esposiciones y comentarios á los cánones del *Talmud*, que es el cuerpo de doctrina religiosa y moral de los judíos, y al mismo tiempo su código de derecho eclesiástico y civil.

Despues de la emigracion judaica, reunióse en Persia

crecido número de sus sabios y doctores, los cuales establecieron academias en donde se resolvian cuantas dudas se suscitaban acerca de sus dogmas religiosos; y de allí se recibian por los demas judíos, así de España como de otros países, las decisiones sobre los puntos mas áridos de la ley.

En esa literatura sagrado-hebraica sobresalían principalmente los judíos de España, celebrados desde muy á los principios de su estancia en ella, como *sapientísimos*, en términos de merecer la distincion de verse incluidos en el catálogo de sus primitivos y mas insignes doctores, con el sobrenombre de *Rabanim*, que quiere decir: *maestros universales*. No se limitaron solamente á esto las muestras de singular aprecio dispensadas por los judíos á los rabinos españoles, sino que tambien contaron sus edades como las de sus antiguos sabios llamados *Tanaim*, que significa *doctrineros*, ó *maestros*; los cuales hacían cabeza de su tribunal supremo y de su academia universal. Estos *Tanaim*, filósofos, teólogos, profetas, y maestros de los judíos, eran los depositarios de la ley escrita, interpretaban la sagrada escritura, y enseñaban de viva voz la declaracion de la ley y de sus preceptos. De las interpretaciones de aquella hechas por esos sabios, se formó un libro que los judíos llaman *Misná*; esto es, una recopilacion de expositores teológicos de la religion judaica.

Permanecieron los judíos españoles bajo la dependencia de las academias de Persia, en cuanto á las decisiones teológicas, hasta que aquellas hubieron de disolverse á causa de las persecuciones que les suscitaron los árabes orientales. Trasladados entonces á España varios de los sabios que las componian, entre ellos *Rabí Mosek*, uno de los mas afamados, en compañía de su hijo *R. Hanoc*, los judíos cordoveses eligieron á estos por sus principales maestros: de suerte que en aquel tiempo, mediados del siglo X, se reprodujeron en Córdoba las academias de Persia, y á ellas acudían á estudiar los hijos de los demas judíos de la península. A estos fundadores de las academias hebreo-hispanas sucedieron varios de sus mas sobresalientes discípulos, celosos promovedores del estudio de la ley antigua. Y tanto llegó á progresar la ciencia de los maestros españoles, que apenas murió el último *Gaon*, ó maestro, juez universal de los judíos de Persia, comenzaron á contar en la forma que hemos dicho las edades de aquellos, dándoles el titulo de *Rabanim* ó *maestros universales*.

Permanecieron estas academias en Córdoba, hasta que conquistados la mayor parte de los reinos de Andalucía en 1249 por el santo rey D. Fernando, se trasladaron á la ciudad de Toledo, en donde continuaron hasta la novena edad en que se verificó la expulsion de los judíos de los reinos de Castilla y Portugal, ordenada por los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, poco despues de la conquista de Granada.

Hecha esta breve reseña histórica de la introduccion de los hebreos y de su literatura en España, réstanos dar á conocer en otro artículo los caracteres esenciales que en esta predominan.

REVILLA.



## ANTONIO EL SICILIANO.

Anécdota histórica del año 1475.



PENAS el sol principiaba á dorar con sus lucientes rayos los gallardetes de las naves surtas en el puerto de Nápoli, y las aguas reflejaban los primeros albores del astro naciente, oíase por las calles y el vecino campamento el confuso sonido de las trompas y atabales, que convocaban á los soldados de la armada, mientras que por otra parte los cabos corrían presurosos con sus tercios á relevar las guardias y recorrer los puntos avanzados.

Por todas partes se veía llegar á las puertas de la ciudad aldeanos cargados de bastimentos, y los faluchos de los pescadores á la playa á depositar en ella sus respectivas mercancías: solo un pequeño esquife con su vela latina se adelantaba á todos los demas mortificando no poco con su velocidad el amor propio de los pescadores de la Romelia que se veían postergados.

Tripulábanlo unos cuantos jóvenes macilentos, cuyos andrajosos vestidos revelaban que hacia poco habian escapado del tiránico cautiverio de los turcos. Llegados á la orilla saltaron con velocidad en ella, postrándose é incandando sus rodillas en la arena bendecían al ser supremo que benigno los restituía á la tierra de sus padres. Sobresalía entre aquellos infelices uno jóven de buena presencia y agradables formas, que parecia dominar á los demas. Si su acento y hablar siciliano revelaban su patria, su noble continente y magestuoso semblante parecían indicar tambien la grandeza interior de su alma, y le atraían el cariño de cuantos le miraban. Abrazó tiernamente á sus compañeros, y despidióse lacónicamente de ellos proponiendo el lugar donde se reunirían.

Preparábase á romper por entre la numerosa turba de espectadores y ociosos impertinentes que espíaban sus acciones y le acosaban con indiscretas preguntas, cuando paró de repente como herido de un conductor eléctrico á la voz de un oficial estropeado que le llamaba por su nombre: ¡Antonio! ¡Antonio! (decía el oficial) sí; él es... no hay que dudarlo..., y ya el cautivo se habia arrojado en sus brazos, y le estrechaba con el cariño de dos amigos que no se han visto por largos años.

No tardó el mísero cautivo en saber nuevas harto dolorosas de boca de su amigo: tus padres, le dijo esté, han fallecido en Sicilia; y tus hermanos, que te lloran muerto, yacen sumidos en la indigencia: por mi parte me he visto siempre perseguido de la suerte: de nacion en nacion, de guerra en guerra, he pasado lo mas florido de la juventud entre los peligros de las armas corriendo en pos de unos fantásticos honores: al presente que una vejez prematura principia á enervar mis fuerzas, veme aqui reducido á empuñar otra vez las armas, y tomar partido con los venecianos contra las inmensas fuerzas de Mahomet á quien sus continuas victorias han granjeado justamente el renombre de grande. El general Mocenigo comandante de la armada veneciana se ve reducido con sus escasas fuerzas á permanecer aqui de observacion entre tanto que acuden los refuerzos que se le han ofrecido de toda la cristiandad.

Al oír esto el cautivo miró en todas direcciones; habló con su amigo en voz muy tenue é imperceptible, y en seguida guiado de él se dirigió á la tienda donde campaba el general.

## II.

Voy, querido Rugier, á contarte los tristes sucesos de mi vida desde el punto de nuestra separacion, voy á desgarrar á tu vista la venda fatal que cubre las heridas de mi pecho carcomido de la ira, y de los funestos planes de venganza.

Al decir esto, los dos amigos, á quienes ya conoce el lector, se acomodaron sobre una elevada roca que dominaba el puerto y la ciudad de Nápoli: el fugitivo Antonio principió entonces su triste narracion.

Ya te acordarás Rugier del famoso sitio de Negroponto, en que el sultan Mahomet II con una escuadra de 300 velas y un ejército de mas de cien mil combatientes principió á combatir aquella ciudad: yo por mi parte ninguna necesidad tenia de quedarme alli espuesto á todos los horrores de un sitio; pero el amor que profesaba á la hermosa Ana hija del general Erizi, provisor y tercer comandante de la ciudad: me obligó á permanecer, y ponerme á las órdenes de su padre: alegróse de mi resolucion, y en prueba del cariño que me profesaba, me confió una compañía para custodiar uno de los puntos avanzados del castillo, donde el mandaba.

Nada te diré de las terribles privaciones, y de los continuos riesgos que durante aquel memorable asedio tuvimos que sufrir: su grandeza los ha hecho desgraciadamente célebres por toda la cristiandad. Llegó por fin aquel aciago día en que los defensores de la ciudad, rendidos de fatigas y perdidos sus mejores jefes, tuvieron la inadvertencia de abandonar descuidadamente la puerta llamada Buraliana, por donde el enemigo logró sorprender y entrar en breve á la ciudad. Bien agenos nosotros de semejante suceso empuñamos las armas al oír el griterio y los confusos alaridos de la ciudad creyéndolo algun asalto del enemigo. Un soldado con la espada rota, y cubierto de heridas se avalanza á nosotros y nos avisa que la ciudad esta perdida, que los primeros comandantes Calvo y Bondalmiero han sucumbido ya á los golpes de la cimitarra; y como si solo hubiera sobrevivido para ser portador de tan infaustas nuevas, espira apenas concluida su triste relacion. Quiero avisar en el castillo, pero ya es tarde, y repentinamente nos vemos envueltos por un diluvio de moros que avanzaban contra él: en vano es toda defensa; á los primeros golpes sucumben nuestros mas valientes, y yo frenético al considerar el peligro en que se iba á encontrar la hermosa Ana, reitero mis inútiles esfuerzos por abrimme paso hacia el castillo: una lluvia de golpes me postra en el suelo sin sentido. Yo no sabre decirte mas de lo que alli pasó, y el tiempo que permaneci sumergido en aquel deliquio; al volver en mí resonó al punto en mis oídos el estampido del cañon, y los quejidos de los moribundos que espiraban en horrible agonía. Postrado y sin movimiento dirijo la vista en derredor de mí, y no descubro sino cadáveres y miembros mutilados; pero en medio de aquel trastorno ¡cuán grato no me fue el ver aun tremolar el estandarte de la fé sobre los muros del castillo! Los musulmanes se retiraron vergonzosamente rechazados por un puñado de valientes; el fuego cesó, y Mahomet empuñó su palabra de respetar los bienes y vidas de los moradores del castillo. ¡Infeliz comandante! Tú ignorabas que aquel bárbaro no tiene palabra, y que en los raptos de su cólera olvida aun los derechos mas sagrados de la humanidad.

Un estremecimiento involuntario agitó los miembros del mísero Antonio al pronunciar estas palabras.

Cubrióse el rostro con las manos, y permaneció un rato inmóvil y silencioso, cual si quisiera desechar algun recuerdo horrible ó alejar un presentimiento funesto: vuelto en sí de su estupor continuó de esta manera.



«Unos tártaros que recorrían el campo me arrastraron hasta un foso donde me arrojaron entre otros muchos heridos: allí esperaba la muerte por instantes, y aun llegué á desearla, pero fue en vano, pues estaba destinado para mayores trabajos: mis heridas fueron curadas, no por humanidad como yo creí al principio, sino por la utilidad que pudiera proporcionarles mi rescate.

Deseoso de saber sobre la suerte de mi comandante y de su hija traté de informarme luego que tuve ocasión de ello. ¡Oh cuánto mejor hubiera sido permanecer en la mas horrible incertidumbre antes que cerciorarme de su trágica muerte! El bárbaro Mahomet faltando á su palabra hizo aserrar por medio del cuerpo al infeliz Erizzi, y su hija no consintió estrechar contra su seno al impuro asesino de su padre, ni admitir en su faz virginal los labios alevos que pronunciaran su muerte. Frenético el Sultan en un acceso de cólera descargó sobre su cuello la feroz cimitarra!...

En vano intentó despues arrepentido de su barbarie volverla á la vida: la bella Ana cerró para siempre sus hermosos párpados. Luego que supe tan funestas nuevas, frenético y desesperado, rompí las vendas, rasgué mis heridas no bien cicatrizadas, y me arrojé por mil precipios hasta que faltándome las fuerzas que me comunicaba mi delirio febril casi exánime y sin sentido. Entonces mi imaginación delirante me hizo ver mil fantasmas horribles, y mil proyectos de venganza: no tardó en ponerme delante la imagen de la bella Ana: me parecía verla mirándome lánguidamente, y mostrarme la herida todavía fresca, que abriera el alfange agareno. De repente sus lívidas facciones tomaron un aspecto siniestro: sus miradas errantes anunciaban la cólera, y mostrándome una tea que humeaba en sus manos, la blandió con aire amenazador, y desapareció entre las nubes.

Al volver de mi delirio me hallé mal arropado entre los andrajos de mi camilla adonde me habían conducido desde el campo: mi rabia se había calmado, la cólera y los proyectos de venganza se habían reconcentrado en lo interior del pecho, y á sangre fría y con una calma nueva para mí meditaba los medios de destruir al perseguidor de los cristianos, al hombre terrible que con una mirada hace temblar á otros cien mil hombres.

Pero los días de Mahomet aun no estaban cumplidos, y antes de que yo pudiese lograr mi designio el Sultan victorioso había regresado á su corte.

Cinco años, Rugier, he gemido forzado en dura esclavitud; ora bajo el látigo del arcaez, bogando en las galeras del Sultan; ora bajo el baston del agá, trabajando en el arsenal de Galipoli las embarcaciones que habíamos de empujar con nuestros brazos: en ese mismo arsenal he fraguado las combinaciones del plan mas arrojado, y que quizá si se logra dará fin al tiránico dominio del bárbaro manchado con la sangre de mil víctimas. El general Mocenigo aprueba mi proyecto, y me ofrece todos los socorros necesarios; cuento con dos de los cautivos que escaparon conmigo: los infelices han visto desaparecer en breves momentos los fantásticos proyectos de felicidad que habían concebido durante su cautiverio, y cansados de vivir corren en pos de mí á una muerte casi segura é inevitable. Pero tu prudencia, querido Rugier, y la ayuda de tu valeroso brazo que me ofreciste esta mañana, no me dejan titubear sobre el éxito feliz de nuestra arriesgada empresa.

### III.

Son las diez de la noche, y la ciudad de Galipoli permanece en un profundo silencio: sus habitantes sumergidos en apacible sueño olvidan las fatigas del día prece-

dente, y los pesares que agobian su existencia: apenas se interrumpe el silencio por el ladrido de los perros, y el desapacible chillido de la lechuza que vela en el alto minaret de la mezquita mayor. La misma quietud reina en el puerto y en el vecino arsenal: el marinero descansa tranquilo en la quilla de su barca interin que el centinela que vigila entre las almenas del castillo combina sus observaciones al oír los silvidos del vendaval entre los árboles del vecino bosque, y los roncós mugidos de las olas precursoras de gran calamidad. Solo una barguilla misteriosa surca las aguas, y se acerca á la playa del arsenal silenciosa y cautamente, á tiempo que el fanal del puerto rodeado de una densa neblina alumbra apenas los objetos mas vecinos: toca la orilla, y saltan en tierra los cuatro que la tripulan.

«Tú, Rugier (dice uno de ellos cuyo acento revelaba al cautivo Aantonio) ven conmigo, y vosotros esperadnos aquí un momento.» Y diciendo esto desaparecen entre la maleza. No se hicieron esperar mucho los dos aventureros: «todo ha salido á pedir de boca», dijo Antonio reuniéndose á los otros compañeros, y yo era de parecer, puesto que la fortuna nos sonríe, ver si podemos hacernos mar adentro, pues la mecha me parece que dará lugar para ello.— que me place, dijo Rugier... pero antes procuremos desembarazarnos de estos enemigos... en aquel punto vieron acercarse una ronda de génizaros que recorrían la playa.

«A ellos» gritó Antonio: y no bien lo había dicho, cuando de repente se estremeció la tierra, el mar retrocedió de su playa, y una explosión terrible superior á la detonación de 100 cañonazos dejó á todos absortos de terror. En aquel mismo instante se hallaron todos iluminados por un resplandor meridiano producido por las llamas que el arsenal vomitaba por todas partes. «A ellos...» repitió Antonio, y aquellos infelices musulmanes petrificados de terror sucumbieron á los reiterados golpes de sus agresores, sin tener casi valor para defenderse.

Pero la empresa de hacerse á la mar era ya no solo arriesgada sino imposible, pues los puentes de las embarcaciones estaban ya coronados de marineros y soldados, y se veía por todas partes al través del humo y de las llamas los botes cargados de gente armada que se dirigían hácia tierra, y reflejar las picas y los corvos alfanques de los soldados que cruzaban en todas direcciones.

Por un efecto de la supersticiosa creencia del fatalismo los turcos hubieran creído hacer un insulto á la divinidad con solo haber intentado apagar el incendio; así que permanecían inmóviles con los brazos cruzados observando los presurosos adelantos de las llamas devastadoras, contentándose con esclamar de cuando en cuando: Alá, Alá, ó cúmplase la voluntad de Dios. Entretanto otros mas diligentes intentaban buscar por todas partes al autor del incendio, y para ello combinaban todas sus observaciones y sospechas.

Apostaría, dijo un turco de mala traza que escuchaba su conversacion, á que daba yo con el perro que tiene la culpa del incendio, y á fé que no es ninguno de los que decís.

Todos los espectadores fijaron su vista en el nuevo interlocutor, el cual aprovechándose de aquel silencio producido por la sorpresa, continuó diciendo. Esta mañana ví llegar un barco con cuatro aldeanos griegos, pero se les conocía que no eran tales, pues su acento les hacia traición: no me salve Alá, si al punto no me sospeché de ellos, y mas que la fisonomía del uno no me era del todo desconocida: posteriormente los he visto vendiendo frutas... ¡Qué dices, Mustafá! gritó uno de los oyentes: vendiendo frutas; quizá sean tuyas esas que fluctúan en la



superficie del agua, y que parece que se han caído de esa barca, á la cual han alcanzado las llamas... «Pero no veis, dijo otro, aquellos que parece tratan de esconderse en el bosque, y van recatándose de ser vistos?»

¡Pues van vestidos de griegos!

Ellos son, ellos son, dijo Mustafá; y al punto una multitud de sarracenos vibrando sus cimitarras se arrojó hácia los valientes cristianos que trataron de refugiarse en el bosque.

(Se concluirá.)

## VIAGES.

### LA HOZ DE BARCENA.

En la pintoresca montaña de Santander, á diez leguas de distancia de esta ciudad, se encuentran diseminadas por un estrecho valle las reliquias de varios pueblos que existieron, y que apenas conservan en el día mas que el nombre y algunos edificios mutilados é inseguros. Tales son los lugares de Media Concha, Pié de Concha, Bárcena y Pajayo. El terreno cubierto de piedras, que travadas en otro tiempo servían de robustos muros y sólidas cercas, obstruyen hoy el paso al viajero, que fatigado tiene que sentarse sobre ellas para penetrar en las yermas poblaciones de donde fueron arrancadas. El humilde *Besaya*, cuyas cristalinas aguas corrieran tranquilas otras veces por entre menuda arena se divide en arroyuelos, que amoldándose á las sinuosidades de las rocas, ora se ocultan, ora aparecen de nuevo, y ora se derraman con blando susurro en los baches y rodadas. Al ver á este riachuelo lamer cariñosamente las piedras que no puede arrastrar, torcer su curso, y acomodarse por decirlo así á la ley del mas fuerte, se presenta instantáneamente á los sentidos la imagen de un pobre andrajoso, que se humilla ante el poder, y rastrea por las calles, esquivando el encuentro de los ricos, tal vez mas duros que las rocas. Cuadro de desolacion, cuadro tristísimo es por cierto el que ofrecen estas ruinas descarnadas y este riachuelo que susurra entre ruinas. Los moradores del valle no pueden recordar sin lágrimas la fecha de la catástrofe, que les arrancó sus hogares y sus familias; y el 17 de agosto es y será un aniversario constante de luto en aquel parage para la presente generacion. La noche de ese día (en el año de 1834) cuando los pacíficos aldeanos se entregaban al sueño, se sintió repentinamente un estruendo subterráneo que conmovia las montañas vecinas. Los mas tímidos sobrecogidos de terror saltaron del lecho para asomarse á las ventanas; pero las densas sombras les impedían distinguir los objetos y reconocer la causa de su terror. El viento silbaba sordamente á lo lejos; la atmósfera estaba cargada de humedad, y el terremoto se aumentaba progresivamente estendiéndose por la cordillera de cerros que circundan el valle, con un ronco bramido que parecia anunciar la destruccion del mundo, el choque y disolucion de los elementos todos. Oyese en esto un eco atronador, semejante al trueno de las tempestades; pero mayor en intensidad que el producido por la detonacion de una mina de pólvora; la tierra se estremece, entreabre sus profundos senos, y derrama torrentes de agua que se precipitan al llano arrastrando en su impetuoso curso cuanto encierran al paso. Entonces á la llama de las antorchas que el miedo del peligro hizo encender,

se vieron las casas enteras navegar largo trecho por entre las aguas agitadas, otras menos sólidas carcomidas por sus cimientos caer á impulsos del huracan sirviendo de sepulcro á sus moradores; y otras, en fin, inclinarse, zozobrar y rendir como despojos una parte de sus muros á los soberbios elementos. Los copudos castaños y los frondosos nogales flotaban sobre las ondas chocando contra los edificios; las enormes rocas de granito que coronan la cima de los montes rodaban con estruendo hasta el valle; y el ruido de la caída, el estrépido de los torrentes, el hervor de las aguas en su salida de las simas, y el zumbido de los vientos formaban una horrible asonancia con los ayes de los moribundos, los gritos de desesperacion, las religiosas plegarias de los sobrevivientes, el crugido y rechinar de los edificios que se desplomaban. Vióse en esta noche fatal la familia de un traginante vogar con ahinco sobre toneles vacíos, procurando buscar un abrigo á la inclemencia de las olas. El padre llevaba consigo sus cuatro hijos mayores, la madre conducía tres pequeños, y desatinados en medio de la oscuridad, sin guia, sin direccion ni medio alguno para rejir sus frágiles varquichuelos; ya se encontraban y alargaban los brazos, ya interponiéndose las aguas los alejaban gran trecho, y ya sumergiéndose en parte y volviendo á aparecer, se comunicaban con sepulcrales gritos la progresiva desaparicion de los objetos de su cariño. *La niña se ahoga*, decia la madre con la calma de la desesperacion. — *Arrójala*, le contestaba el marido, apretando contra su corazon á los hijos que aun respiraban. — *El pequeño no puede agarrarse*. — *Húndele en el agua para que muera pronto*. ... Tal era la conversacion de estos dos seres infelices: un momento despues quedaron en el mas profundo silencio, y solo el hijo mayor, mas ágil ó mas afortunado que los otros, pudo escapar milagrosamente de la terrible inundacion, y derramar despues flores y lágrimas sobre la tumba de sus padres. Nada diremos de infinitas escenas análogas á esta, que tuvieron lugar en aquellos angustiosos momentos, y que nos han sido referidas por testigos presenciales, ni nos detendremos á bosquejar el patético cuadro que ofreceria en medio de la desolacion general la religiosa actitud de un sacerdote párroco de Media Concha, que asido de una roca ayudaba á bien morir á sus feligreses, con voz tan entera y tan cristiano fervor como sino tuviese á sus pies un golfo embravecido y próximo á devorarle.

Al inmediato día todo desapareció menos los cadáveres y los restos de los edificios. El *Besaya* perdidas las aguas con que le enriqueció la avenida, tornó á su humilde estado; y las piedras arrancadas por la corriente quedaron empotradas en los sitios donde hoy se encuentran Cuadro de desolacion, cuadro tristísimo es por cierto, el que ofrecen estas ruinas descarnadas y este riachuelo que susurra entre ruinas.

Partiendo de este valle en la direccion de Reinosa, se encuentra una garganta sombría, formada por dos montañas altísimas que describen la figura de una hoz. Parece difícil hallar un sitio en que la naturaleza se ostente mas grandiosa, mas inculta y salvaje á la vez; á la par que el hombre rivalizando con ella, hace alarde de vencer con la fuerza y el ingenio los insuperables obstáculos que le presenta á cada paso. Corona la cima de uno de estos cerros el camino antiguo de Reinosa, cuya inclinacion es tan escabrosa, que no pueden transitar por él con alguna comodidad otra clase de carruages que las chirriantes y miserables carretas del país; por cuya razon se ha empezado á practicar uno nuevo y mucho menos pendiente, y que corta la montaña casi por su mitad. Ora se coloque el observador en la antigua, ora



en la nueva carretera, si tiende la vista en derredor suyo, no puede menos de experimentar á la vez un cúmulo de sensaciones variadas, de aquellas que no penetran en los gabinetes ni los salones, y que solo se respiran con el aroma de los campos. Mírase descollar al frente una altísima montaña, cuyos inciertos contornos van á perderse en la oscuridad de los recodos y pliegues de una sombría cordillera. El pico mas elevado de este cerro sobrepuja á las nubes en altura, y cuando las cenicientas rálagas que encapotan el rocío pasan reposadamente por debajo de la cresta, sueña el poeta que divisa la cabeza de un gigante que fuma tranquilo, y arroja al aire bocanadas de humo. El águila altiva no se desdén de anidar sobre la cumbre de esta montaña; y el oso trepa por sus ásperas quiebras, haciendo rodar alguna vez enormes moles de granito que se precipitan con estruendo hasta los pies del coloso. En medio de la fragosa pendiente crece el madroño, estiendo sus ramos el sombrío nogal, y el castaño agitado por el viento sacude á un lado y otro sus punzantes herizos. Grandes rebaños de cabras circulan por las estrechas sendas que forman los avellanos y las zarzas, y algun chotillo atrevido se encarama por las rocas y alarga la inerte cabeza para despuntar los tallos de una planta silvestre. Oyese en confuso el rumor de algunas cascadas, y el blando murmullo de las aguas que deslizándose por la yedra, bajan á pagar su tributo al *Besaya*; y este río sepultado en el hondo de la garganta, corre por entre guijos y peñascos orgullosos, en medio de su pobreza, por encerrar en su seno algunas truchas y anguilas. En el descenso del monte se descubre una reducida pradera, donde tiene su asiento la solitaria ermita de S. Pedro: pobre edificio, otros tiempos frecuentado de todos los fieles de la comarca, y hoy sin mas compañía que la de cuatro vetustos álamos, cuyas raíces se han petrificado entre los cimientos de sus muros.

Este sitio tan novelesco por su posición, lo es aun mucho mas por los cuentos tradicionales que se le refieren: quien dice que fué elegido por un hombre cargado de crímenes, en el periodo de su arrepentimiento; quien sostiene que era la residencia de un Santo ermitaño que hizo grandes obras de caridad, y fué sepultado por los ángeles bajo el altar de la Capilla, y quien en fin asegura, que sirvió de reclusión á una mujer, á quien sus padres tiranizaron la voluntad, y no pudo tomar el velo en la orden de su vocación.

Si se aparta la vista de esos sitios para fijarla en el nuevo camino que se está construyendo, se agolpan los objetos á los sentidos y las sensaciones al corazón. Mas de cien vizcainos, de aquellos que con las armas en la mano sostuvieron por espacio de siete años una guerra fratricida convertidos hoy en pacíficos obreros en virtud de un célebre convenio, hacen estremecer el aire con el estruendo de sus picos y barras, entonando los alegres zorzicos de su país. Estos hombres endurecidos con las privaciones, infatigables para el trabajo, y serenos en los peligros; constituyen una pequeña república en medio de aquellas desiertas soledades: aquí se distingue una *chavola* (1) donde se guardan los aperos: allí otra mas espaciosa donde se distribuyen los ranchos, y allá en la parte mas baja y sombría del reducido imperio se descubre un grupo numeroso de estas rústicas viviendas, sembradas sobre el borde de un precipicio. Las unas sirven de posada nocturna á los fatigados obreros, y en las otras se cuece el pan, se aguzan las herramientas, se construyen cestos de mimbre, y se cura á los heridos. Tal es la escabrosidad del terreno, y tales los peligros que ofre-

ce la pendiente de la montaña, que ha sido preciso edificar un hospital para socorrer á los infelices que se despenan, ó reciben peligrosas contusiones en la socavacion y desprendimiento de las rocas.



Admirable y muy admirable es esta obra gigantesca del hombre. Abrir una ancha senda en el declive de un cerro, donde solo se encuentran enormes moles de granito; donde la mano no puede asir, ni la planta afirmarse, sin riesgo de que el temerario pasajero ruede y se precipite en un insondable abismo. Y sin embargo estas masas colosales que han respetado los siglos, caen á impulsos del barreno, y sirven de pavimento llano para el tímido transeúnte...

Yo quisiera en este momento poseer la pluma del novelista de Escocia, para transmitir á mis lectores una por una las particularidades de este paisaje pintoresco, de este grandioso cuadro. Cuando le ví por primera vez, no pude menos de creírmelo transportado á una nueva región: sentí una melancolía indefinible acompañada de una especie de inspiración poética que me hizo apostrofar así, dirigiéndome á los que arrastran una vida monótona y sedentaria en los estrados de la corte: «Venid á colocaros sobre esta piedra que ha resistido á la segur del tiempo y á la violencia de las intemperies; ved esa opaca montaña vecina de los astros, esos cabritillos que juegan entre las nubes, esa ermita caduca apoyada en cuatro álamos tan viejos como ella, momia de piedra estraida al parecer de los arenales del Egipto; escuchad el rumor de las aguas que se precipitan al río, el murmullo del río que se sepulta en las simas, y el estruendo de las piedras que se desploman sobre sus ondas: mirad esas cabañas que simbolizan las primitivas moradas del hombre, y esos hombres de las edades primitivas entregados á la ignorancia y al trabajo: oid sus alegres cantares, sus gritos estrepitosos, el ruido de sus picos, y el eco de sus extrañas voces. — Volved los ojos en fin hacia aquel gigantesco pontón que ha de atar uno á otro dos cerros muy distantes, hacia esos barrenos de pólvora que estallan con estruendo horrísono, y lanzan contra el Cielo enormes trozos de montaña entre nubarrones de humo; hacia esas culebras que silvan entre los peñascos y se revuelven contra el hombre que destruye sus guaridas; hacia ese Cielo nebuloso y opaco que presta una incierta luz á esa garganta pavorosa, y decidme después si vuestro corazón permanece en el sueño estúpido de los salones; ó si palpita estremecido, y dilatándose en el pecho, pugna por salir y lanzarse todo en brazos de la naturaleza. C. Díaz.

(1) Choza.